

François Dubet; LE TEMPS DES PASSIONS TRISTES, Paris, Seuil, 2019 (120 páginas), ISBN: 9782021420340.

Eguzki Urteaga

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-8789-7580>

eguzki.urteaga@ehu.eus



François Dubet ha publicado su libro, titulado *Le temps des passions tristes. Inégalités et populisme*, en la colección *La République des Idées* de la editorial *Seuil*. Conviene recordar que el autor es catedrático emérito en la Universidad Victor Segalen Bordeaux 2 y director de estudios en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Considerado como uno de los principales sociólogos galos, ha publicado innumerables obras traducidas en varias lenguas, tales como *Les places et les chances* (2010) o *La préférence pour l'inégalité* (2014).

En la introducción de la presente obra, Dubet constata que, "bajo el pretexto de deshacerse de (...) lo políticamente correcto, se puede acusar, denunciar [y] odiar a los poderosos o a los débiles, a los ricos y a los pobres, parados, extranjeros, refugiados, intelectuales [y] expertos" (p.7). De manera general, "se desconfía de la democracia representativa acusada de impotencia, [de estar] corrompida, alejada del pueblo, sometida a los [grupos de presión] y [bajo la tutela de] Europa y [de] la finanza internacional" (p.7). Enfados y acusaciones, considerados en el pasado como indignos e inaceptables, se expresan públicamente e invaden las redes sociales. "En un gran número de países, han encontrado una expresión política en los nacionalismos y los populismos autoritarios" (p.7). En ese sentido, "la cuestión social, que ofrecía un marco a [las] representaciones de la justicia, parece disolverse en las categorías de la identidad, del nacionalismo y del miedo" (p.7).

Este libro aspira a "comprender el rol de las desigualdades sociales en el despliegue de estas 'pasiones tristes'" (p.7) que mencionaba Spinoza en su obra *L'éthique* (1994). Su hipótesis es la siguiente: "no es tanto la amplitud de las desigualdades como la transformación del régimen de las desigualdades que explica las rabias, los resentimientos y las indignaciones [actuales]" (pp.7-8). De hecho, "mientras que las

desigualdades parecían [estar asociadas a] la estructura social, en un sistema percibido como injusto pero relativamente estable y legible, [éstas] se diversifican y se individualizan. Con el declive de las sociedades industriales, se multiplican, cambian de naturaleza, transformando profundamente la experiencia que [se tiene] de ellas" (p.8). Esto significa que "la estructura de las desigualdades de clase se difracta en una [serie] de pruebas individuales y de sufrimientos íntimos que nos llenan de enfado, sin tener (...) otra expresión política que el populismo" (p.8).

El autor subraya que la mayoría de estos cambios muestran cómo "las sociedades industriales, nacionales y democráticas han sido trastornadas por las transformaciones del capitalismo, la mundialización, el derrumbe de la Unión soviética [en particular y del bloque comunista en general], la crisis [financiera y económica] de 2008 y el terrorismo [islamista]" (p.8). En ese contexto, "los trabajadores poco cualificados [de los países ricos] están sometidos a la competencia de los países emergentes, convertidos en las fábricas del mundo" (p.8). A menudo, el neoliberalismo es presentado como la causa principal de estas transformaciones e inquietudes. Además de destruir las instituciones y los actores de la sociedad industrial, impone un nuevo individualismo, "rompiendo las identidades colectivas y las solidaridades, [debilitando] la civilidad y el control [sobre su propia vida]" (p.8).

Pero, nos dice el sociólogo galo, "la atención prestada a la transformación de las desigualdades no debe conducir a infravalorar su incremento" (p.8). Estas desigualdades aumentan aún más si, además de considerar la renta de los ciudadanos, se tiene en cuenta su patrimonio. En efecto, hoy en día, "en razón del escaso crecimiento, los intereses del capital y el precio del suelo crecen (...) más rápidamente que los sueldos. Los muy ricos se han convertido en tan ricos que hacen secesión, cuando la gran mayoría de la población tiene la sensación de ver su situación deteriorarse" (p.9). Aunque las desigualdades de renta no se hayan incrementado notablemente en Francia, a lo largo de las últimas tres décadas, "alrededor del 80% de los ciudadanos piensan que las desigualdades [han aumentado considerablemente]" (p.9).

En ese sentido, nos encontramos ante una situación paradójica: "la acentuación más o menos fuerte de las desigualdades se conjuga con el agotamiento de un cierto régimen de desigualdades, el de las clases sociales, formado en las sociedades industriales" (p.10). Mientras que, en el pasado, "las desigualdades sociales parecían [estar] inscritas en el orden estable de las clases y de los conflictos, las divisiones y las desigualdades no cesan hoy en día de multiplicarse, y cada individuo está [atravesado por] varias de ellas" (p.10). Por lo cual, estamos ante "un mundo fraccionado según una multitud de criterios y de dimensiones" (p.10). Estas representaciones y experiencias de las desigualdades "se alejan progresivamente de aquellas que dominaban la sociedad industrial, en una época [en la cual] la posición de clase parecía estar asociada a un modo de vida, un destino y una conciencia" (p.11).

Efectivamente, "la multiplicación de las desigualdades [y], más aún, el hecho de que cada uno esté confrontado a desigualdades múltiples, transforma profundamente la experiencia de las desigualdades" (p.11). De hecho, "las desigualdades son vividas como una experiencia singular, una prueba individual, un cuestionamiento de su propio valor, una manifestación de desprecio y una humillación" (p.11). Se produce un deslizamiento progresivo "de la desigualdad de las posiciones sociales a la sospecha de la desigualdad de los individuos, que se sienten aún más responsables que los afectados se perciben como [seres] libres e iguales en derechos" (pp.11-12). Por lo cual, el respeto es "la exigencia moral más fuertemente reivindicada" (p.12).

Actualmente, "la multiplicación y la individualización de las desigualdades amplían el espacio de las comparaciones y acentúan la tendencia a [valorarse en función de los que están cerca]" (p.12). En efecto, "en ese nuevo régimen, las pequeñas desigualdades parecen mucho más [importantes para las personas] que las grandes" (p.12). Además, estas desigualdades "no se inscriben en ningún gran relato susceptible de darles sentido, de designar sus causas y sus responsables, de esbozar unos proyectos para combatir las" (p.12). Esta distancia "entre las pruebas individuales y los retos colectivos abre el espacio al resentimiento,

a las frustraciones [y] al odio de los demás, para evitar despreciarse a sí mismo. (...) La experiencia de las desigualdades alimenta los partidos y los movimientos (...) populistas. Estos intentan superar la dispersión de las desigualdades oponiendo el pueblo a las élites, los [autóctonos] a los extranjeros, e instauran una economía emocional en la cual el rechazo de los demás y la indignación [devuelven] al ciudadano [desafortunado] su valor y su dignidad" (p.12).

En el primer capítulo, titulado "el fin de la sociedad de clases", Dubet indica que, "desde el punto de vista de la moral, de las políticas económicas y de la supervivencia del planeta, las grandes desigualdades y la concentración de la riqueza son decisivas, en la medida en que [orientan] las estrategias de las [multinacionales] y escapan [al control de] los Estados" (p.13). Sin embargo, desde un punto de vista sociológico, "el conjunto de las desigualdades y su naturaleza importan mucho más" (p.13). Efectivamente, "las muy grandes desigualdades no deben hacer olvidar las pequeñas, las que importan a los individuos que se cruzan o se evitan en el flujo banal de la vida social, en el trabajo, en la escuela, en la calle y [en] el transporte público" (p.13). En ese sentido, "la amplitud de las desigualdades tiene menos importancia que su naturaleza" (p.14). Nos conducen a definirnos y a definir a los demás, y determinan "la formación de un sentimiento de injusticia, las estrategias desplegadas para combatir las y, a menudo, para defenderlas" (p.14).

Según el autor, antes de nada, es preciso mencionar el régimen de las órdenes y de las castas porque "sus rastros subsisten en [la] modernidad" (p.14). En ese régimen de desigualdades, "las diversas posiciones sociales están atribuidas a los individuos a su nacimiento y de manera definitiva" (p.14). Por lo tanto, "la filiación dicta un destino totalmente programado" (p.14). En semejante sistema, "no solamente las posiciones sociales son desiguales, sino que los individuos que los ocupan son también fundamentalmente desiguales" (p.14). Además, los conflictos sociales en los cuales están involucrados "tienen siempre una dimensión religiosa, puesto que cuestionan un orden deseado por Dios" (p.15). Ese régimen ha sido debilitado "por el auge progresivo de la burguesía urbana, la potencia del Estado, la ruina de la pequeña nobleza [y] el desmoronamiento de las comunidades tradicionales. Finalmente, [la Ilustración] ha hecho bascular las sociedades del Antiguo Régimen hacia sociedades compuestas por individuos iguales" (p.15).

No en vano, dos siglos después, persisten ciertos rasgos de periodos anteriores. Así, "a pesar de la abolición del régimen de las órdenes, las mujeres (...) han sido asignadas a la naturaleza y a la reproducción, mientras que los hombres [se destinaban] a la producción y a la razón" (p.15). Asimismo, la Revolución francesa de 1789 no ha "abolido las barreras del rango y del honor [sino que las] ha democratizado" (p.16). De hecho, ahora, "las barreras invisibles del origen social y cultural, del color de la piel, del sexo y de los [títulos académicos] funcionan como unas barreras, a veces [insuperables]" (p.16).

A pesar de estas pervivencias, "las revoluciones democráticas e industriales han [abierto la vía a] un nuevo régimen de desigualdades, el de las clases sociales, nacido del encuentro entre dos grandes revoluciones" (p.16). Por un lado, "la providencia democrática instaura la igualdad y la libertad para todos", pero no crea, por sí sola, "un nuevo régimen de desigualdades" (p.17). Por otro lado, la revolución industrial "instala un nuevo tipo de economía, un nuevo modo de producción" (p.17). Es en torno a "la formación de la clase obrera miserable y a la emergencia de una clase de industriales capitalistas que se construye el régimen de las clases sociales" (p.17). En ese régimen de desigualdades, "las posiciones sociales están definidas por el trabajo [y] por la creatividad humana" (p.18).

Además, "si las desigualdades de clases [chocan con] el principio democrático de igualdad de los individuos, no [los hacen desaparecer]" (p.18). Ciertamente, "el régimen de las clases es una manera de leer las desigualdades sociales. (...) Las posiciones en las relaciones de producción determinan las rentas, los modos de vida, las relaciones a la cultura [y] las representaciones de la vida social" (p.18). En ese sentido, "no hay clase sin conciencia de clase, sin la articulación de una identidad por sí y de una oposición a la clase dominante" (p.18).

El régimen de las clases aparece como muy sólido porque "ha acabado estructurando la representación política" (p.19). En efecto, "la representación política se ha construido en torno a los conflictos de clase, en torno a la oposición entre los representantes de los trabajadores y aquellos de la burguesía" (p.19). Se han creado partidos de izquierdas y de derechas que pretenden representar unas determinadas clases, "sus intereses y su visión del mundo" (p.19). Ese régimen ha sido encarnado por los movimientos sociales y los sindicatos "orientados hacia un modelo de justicia social que aspira a reducir las desigualdades entre las posiciones sociales, gracias a los derechos sociales, al Estado de Bienestar, a los servicios sociales y a las transferencias sociales" (p.19). En ese panorama, "la lucha por la igualdad social era legítima porque los individuos estaban considerados como fundamentalmente iguales, pero también porque la sociedad debía devolver a los trabajadores una parte de las riquezas producidas de las que habían sido expoliadas por la explotación capitalista" (pp.19-20). Los derechos sociales, que estaban inicialmente asociados al trabajo, se han convertido en universales.

Y, "bajo [el impulso] de los partidos y de los sindicatos, bajo el efecto de las huelgas y de las movilizaciones, las desigualdades se han reducido sensiblemente" (p.20). En otros términos, "en el siglo XX, las desigualdades sociales han sido reducidas porque eran, ante todo, unas desigualdades de clase" (p.20). Progresivamente, "la lectura de las desigualdades sociales en términos de clase ha acabado imponiéndose" (p.20). Las clases sociales han sido, a la vez, "lo que [era] preciso explicar y lo que [explicaba] lo que [había] que explicar" (p.20). Por lo cual, las diversas desigualdades desaparecían detrás de las desigualdades de clase (pp.20-21). Además, "en el régimen de las clases, las pruebas individuales estaban inscritas en los retos colectivos" (p.21). En suma, "en la Europa industrial, las desigualdades de clase se cristalizaban en unos mundos sociales dominados y explotados, pero unos mundos que ofrecían a los individuos una dignidad y unas capacidades de resistencia" (p.21).

Ahora mismo, nos dice el sociólogo galo, la cuestión no consiste en saber si hay clases sociales sino en determinar si "el régimen de las clases sigue estructurando las desigualdades sociales y si enmarca las representaciones y las identidades de los actores" (p.21). La situación actual se caracteriza, a la vez, "por el incremento de las desigualdades y por el declive del régimen de las clases" (p.22). El agotamiento de ese régimen es "una de las consecuencias de las mutaciones del capitalismo mundial" (p.22). De hecho, con la globalización, "las clases obreras europeas y norteamericanas se han visto sometidas a la competencia de los trabajadores de los países emergentes (...), mientras que las antiguas burguesías industriales se han convertido en potencias financieras" (p.22). Asimismo, el trabajo obrero se ha transformado con "la producción ajustada, las relaciones directas con los clientes, las tecnologías inteligentes y la multiplicación de los estatus" (p.22). La producción industrial "abandona progresivamente el taylorismo, al provecho del *lean management*" (p.22). Además, "la relación social industrial ha cambiado de naturaleza en las grandes empresas" y el mercado laboral se ha precarizado; sin olvidar la "uberización" de ciertos sectores de la economía (p.23). En definitiva, "varios sistemas productivos se yuxtaponen" (p.23).

Hoy en día, el sistema de las clases sociales se ha fragmentado. Cada clase social "se difracta en una serie de mercados [comerciales y de] trabajo (...). Lo que hacía la unidad de la clase obrera parece cada vez más incierto" (p.24). La atención de los sociólogos se centra, de manera creciente, en las desigualdades múltiples. "Se han multiplicado porque las antiguas clases sociales ya no pueden ser definidas por la agregación más o menos estable de las desigualdades" (p.24). La dispersión de las condiciones de vida es acentuada por la "desestandarización de las trayectorias" de la que hablan Olivier Galland y Yannick Lemel (2018). En efecto, la trayectoria típica se ve afectada en profundidad "por el largo periodo de entrada en el empleo estable, por las idas y vueltas entre el empleo, el desempleo y los estudios, el emparejamiento tardío, las separaciones, los nuevos matrimonios y las familias recompuestas, las largas jubilaciones y los [prolongados] envejecimientos" (pp.24-25). El estallido del régimen de las clases "abre el espacio de las desigualdades a la multiplicación de los grupos" (p.25). A la fragmentación de las clases se añade

las distinciones entre autóctonos e inmigrantes, las diferentes generaciones, los hombres y las mujeres. "Todas estas distinciones afectan directamente el régimen de las clases sociales" (p.25).

Si el consumo de masas no ha reducido las desigualdades, "ha afectado profundamente las barreras entre las clases. (...) Los niveles han [tomado el relevo] de las barreras" (p.26). De hecho, "una jerarquía fina de los niveles de consumo se sustituye [progresivamente] a las antiguas barreras de clase" (p.26). Si esta gradación "favorece la homogeneidad de los modos de vida, exacerba los procesos de distinción, cuando la posición social está [constantemente] expuesta a través del consumo" (p.26). Con estos procesos, las distinciones "se reparten a lo largo de una amplia escala fina y sutil del prestigio asociado al consumo" y que atraviesa cada clase social (p.26). En efecto, "el consumo ha multiplicado los públicos, sin que estos públicos recubran unas posiciones de clase" (p.27). Y, en su seno, "se multiplican las tribus y las sub-tribus en función de sus [actividades de ocio], gustos y estilos" (p.27).

En el segundo capítulo, que aborda "el régimen de las desigualdades múltiples", Dubet indica que, por un lado, "los grupos afectados por las desigualdades se han multiplicado. Son definidos por la actividad profesional [así como] por el estatus de empleo, la edad, la generación, el sexo, [la orientación sexual], los orígenes, las [creencias] religiosas, los territorios y las discapacidades"; y, por otro lado, los criterios y los bienes a partir de los cuales se perciben las desigualdades se multiplican más aún" (p.31).

En el seno de cada desigualdad, "las cosas son más complejas todavía" (p.32). Así, "las ciudades más desigualitarias son las ciudades más ricas" (p.32). De hecho, "detrás de las medias, se esconden unas distinciones más finas que son también unas desigualdades" (p.32). Es preciso, nos dice el autor, razonar en términos de trayectorias y de riesgos, analizando "unas desigualdades más finas que las desigualdades de clase y de posición" (p.32). En ese sentido, "el régimen de las desigualdades múltiples acentúa la heterogeneidad de las situaciones" o, al menos, "aumenta la conciencia de esa [diversidad]" (p.33). Además, hoy en día, "las posiciones en las diversas escalas de desigualdad [han dejado de corresponder necesariamente]", de lo que da cuenta la noción de interseccionalidad (p.33). Incluso cada grupo social, a priori homogéneo, "está atravesado por múltiples desigualdades" (p.33).

Una de las consecuencias de dicho régimen es "la focalización de las políticas sociales" (p.34). En efecto, "el Estado desarrolla una multitud de políticas y de dispositivos específicos que [se dirigen] a unas desigualdades particulares y a unos problemas sociales singulares" (p.34). Añadiendo los dispositivos de lucha contra las discriminaciones, "se puede tener la sensación de que las políticas públicas acompañan la multiplicación de las desigualdades" (p.38). Por lo cual, las desigualdades se difractan en una serie de problemas particulares a los que se enfrentan unos actores especializados, corriendo el riesgo de acentuar una competencia entre las desigualdades.

Con el régimen de las desigualdades múltiples, "los marcos de la descripción social se empobrecen y se enriquecen" simultáneamente (p.35). "Se empobrecen utilizando unas categorías vagas y flotantes en función de sus usos" (p.35). Al mismo tiempo, "la investigación sobre las desigualdades se ha considerablemente enriquecido y precisado a través del estudio de grupos singulares y de desigualdades específicas" (p.35). Ciertos investigadores tienen la tentación de especializarse en una desigualdad determinada. Actualmente, las estadísticas se han afinado, se estudian cohortes, se realizan análisis multiniveles y se efectúan comparaciones internacionales. En ese sentido, "las técnicas estadísticas participan a un cambio de visión de las desigualdades. Su precisión permite especificar cada desigualdad y, eventualmente, convertirla en un problema público que apela una política focalizada" (p.37). Más aún, la precisión de los instrumentos estadísticos transforma la representación de la génesis de las desigualdades. El mecanismo de agregación de las desigualdades se despliega en ámbitos, tales como la educación, la sanidad, la carrera profesional, las discriminaciones, el consumo cultural o el capital social. "En cada caso, la agregación de pequeñas desigualdades definidas a nivel de los individuos produce grandes desigualdades finales" (p.38).

Según el autor, en materia de movilidad social, es preciso distinguir "la micro-movilidad, [a saber] los pequeños desplazamientos en la estructura social, y la macro-movilidad, [es decir] los grandes cambios de posición entre generaciones" (p.40). Ciertamente, "cuando la movilidad social es medida a una escala fina (...), se desprende la imagen de una gran inestabilidad. (...) De una generación a otra, todo el mundo se mueve. (...) Pero, si [muchos se desplazan], apenas se alejan de las posiciones de sus padres" (p.40). La macro-movilidad es más débil todavía, lo que refuerza la imagen de reproducción de las desigualdades. En suma, "en el régimen de las desigualdades múltiples (...), los individuos son numerosos en cambiar de posición social de una generación a otra, pero se mueven muy poco" (p.41).

El encuentro de "una inestabilidad [aparente] y de una fuerte reproducción [explica, en gran medida], el miedo a la desclasificación, [dado que] nada está asegurado pero nada parece estar verdaderamente abierto" (p.41). A estas diferencias de escala "se añaden unos procesos paradójicos, como el de la movilidad en una esfera y el del inmovilismo en otra" (p.41). A la imagen de lo que acontece con los criterios de desigualdad, "las trayectorias de movilidad parecen cada vez menos homogéneas" (p.42). Las desigualdades "pueden estar caracterizadas por su amplitud, su naturaleza y su régimen" (p.42). El tránsito progresivo hacia un régimen de desigualdades múltiples "permite comprender mejor la experiencia de las desigualdades" (p.42). Múltiples sin ser homogéneas, "las desigualdades se individualizan, se desplazan de las clases a los individuos, condenados permanentemente a distanciarse de las categorías colectivas que les daban un sentido compartido. Estas desigualdades, vividas como unas pruebas personales, son aún más crueles" (p.42).

En el tercer capítulo, que analiza las "experiencias y las críticas de las desigualdades", el sociólogo galo constata que "el régimen de las desigualdades múltiples individualiza la experiencia de las desigualdades sociales" (p.43). Cuando la experiencia de las desigualdades es vivida como algo singular, las comparaciones se producen con las personas situadas a su alrededor. En ese sentido, "las desigualdades que afectan a cada individuo y las que caracterizan la sociedad no son [percibidas] ni vividas de la misma manera" (p.43).

Fundamentalmente, "el cambio del régimen de las desigualdades está asociado a una mutación de los modelos de justicia" (p.43). De hecho, "las desigualdades múltiples están más claramente [vinculadas] a la norma de la igualdad de oportunidades meritocrática. Por lo cual, las discriminaciones se convierten en una de las figuras esenciales de la injusticia, y cada uno puede sentirse más o menos discriminado" (pp.43-44). El ideal de igualdad de oportunidades afecta también "el valor de las personas que reclaman un reconocimiento singular, además de sentirse más o menos responsables de su suerte" (p.44). Esto significa que "la economía moral de las injusticias se desplaza hacia los individuos y su responsabilidad" (p.44). En las desigualdades múltiples, los criterios de justicia "aparecen como contradictorios entre sí" (p.44).

La percepción de las desigualdades sociales varía notablemente en función de las sociedades consideradas. "Estas variaciones resultan (...) de las culturas políticas y sociales de cada país. Los antiguos países comunistas y los países de tradición socialdemócrata toleran menos las desigualdades que los países de tradición liberal" (p.46). A su vez, "las sociedades en las cuales se piensa generalmente que el mérito de los individuos está recompensado aceptan mejor las desigualdades que los países que lo creen menos" (p.46). Cuando se pasa del nivel societal al nivel individual, "la distancia entre las desigualdades, la distancia entre las desigualdades objetivas y su percepción es [igualmente] nítida" (p.46). Así, "las mujeres y los hombres no son sensibles a las mismas desigualdades: las mujeres perciben más las desigualdades de salud y de educación (...), mientras que los hombres son más sensibles a las desigualdades económicas" (p.47). Las diferencias más decisivas resultan de las "orientaciones políticas de los individuos [y no tanto de] su posición social" (p.47). Por ejemplo, los electores de izquierdas disciernen más a menudo las desigualdades. A nivel individual y colectivo, "la percepción de las desigualdades está más determinada por unos marcos morales y unas representaciones que por unas condiciones objetivas definidas en términos de desigualdades de clase" (p.48).

Hoy en día, "los individuos multiplican los criterios de juicio y descomponen su situación en varias dimensiones, en función de las cuales se perciben como más o menos desfavorecidos. Las encuestas sobre la satisfacción en el trabajo lo muestran [claramente]" (p.48). Las valoraciones al respecto dependen del trabajo, pero también "de las condiciones de vida, los desplazamientos, la actividad [profesional] del conyugue, los títulos [académicos], el clima en la empresa", etc. (p.49). Y, a medida que se alejan del trabajo, "otros criterios de valoración intervienen" (p.49). De manera análoga, "si [todos] los miembros de las minorías visibles conocen (...) el riesgo de [padecer] discriminaciones, de enfrentarse al racismo y a las puertas cerradas, todos no lo son de la misma forma y no ocupan los mismos empleos" (p.50). En suma, "cuando se adopta el punto de vista de los individuos, las desigualdades (...) se multiplican y se singularizan los auto-posicionamientos, las experiencias y las definiciones de sí mismo, más allá de las grandes categorías de las desigualdades" (p.52).

De hecho, los individuos tienden a compararse con los que están a su alrededor. En efecto, "la abolición de las barreras de clases incrementa la frustración relativa en unos universos sociales dominados por unas comparaciones finas y, a menudo, obsesivas, puesto que [supone] valorar una posición que no está [asentada] una vez para siempre" (p.52). Estas comparaciones constituyen "el mecanismo central del consumo de masas en el cual las pequeñas diferencias están subjetivamente exacerbadas" (p.53). Las comparaciones cercanas están acentuadas por la fragmentación de los colectivos, "empezando por los colectivos de trabajo" (p.53). E incluso "en los universos profesionales más homogéneos, el juego de las comparaciones y de las frustraciones relativas no [desaparece]" (p.54). Para que estas frustraciones individuales se transformen en acciones colectivas, "es necesario que unos sentimientos comunitarios basados en unos intereses comunes y unas identidades compartidas superen la atomización de estas frustraciones" (p.54). No en vano, en la práctica, esta frustración individual se transforma difícilmente en acción colectiva y, "si la individualización de las desigualdades puede multiplicar las luchas, dificulta su convergencia" (p.54).

En cuanto a la igualdad de oportunidades, "se dirige a unos individuos que pueden sentirse más o menos discriminados, tratados de manera no equitativa en función de sus oportunidades, de sus trayectorias y de lo que son" (p.55). El sentimiento de discriminación es especialmente intenso cuando "los individuos se perciben como fundamentalmente iguales" (p.55). Desde la óptica estadística, "las discriminaciones son las desigualdades que padecen, 'todas las cosas iguales por otra parte', unas vez las desigualdades sociales neutralizadas" (p.56). Actualmente, se produce un deslizamiento "de unas desigualdades de posición social a las características singulares de los individuos", de modo que "las desigualdades sociales [sean] progresivamente definidas y vividas como unas discriminaciones" (p.57).

La primera emoción que caracteriza la individualización de las desigualdades es "la omnipresencia del sentimiento de desprecio, la impresión de ser invisible" (p.59). Las pequeñas desigualdades translucen en "las palabras, los gestos y las miradas, [ya que] cuestionan la dignidad y el valor de las personas" (p.59). El desprecio funciona como "una cadena en la cual cada uno puede, [sucesiva o simultáneamente], ser despreciado o despreciar" (p.59). En ese sentido, "el desprecio es una suerte de medida general del sentimiento de injusticia. En ese ámbito, las desigualdades culturales, las desigualdades del honor y de la dignidad son más sensibles que las (...) desigualdades económicas" (p.59). Ese desprecio es especialmente doloroso cuando "los individuos tienen dificultades para resistir, cuando no pueden apoyarse en una cultura de clase, en un orgullo de sus orígenes o en una [identidad] profesional" (p.60). En ese caso, "el sentimiento de ser despreciado se mezcla con la vergüenza" (p.60). Es la razón por la cual, los que se sienten muy despreciados, "vuelven el desprecio contra aquellos que los desprecian: hipertrofian su orgullo, su fuerza [y] su sentido del honor" (p.60).

El respeto se ha convertido igualmente en un valor central. Los actores aluden al "respeto democrático debido a cada uno en nombre de su singularidad y de su igualdad" (p.60). Se trata de afirmar la igualdad

de cada uno más allá de las desigualdades sociales. Y, frente al desprecio, "los individuos tienen la tentación de considerarse como víctimas" (p.61). Pero, la posición de víctima es ambivalente y puede ser percibida como "una renuncia a su dignidad y a su capacidad de acción" (p.61).

Desde la perspectiva política, "las desigualdades solo tienen sentido en la medida en que están consideradas como justas o injustas, a fin de ser defendidas o combatidas. En todos los casos, deben ser justificadas" (p.63). En ese sentido, "la experiencia de las desigualdades es una experiencia moral" (p.63), de modo que "las desigualdades [sean] denunciadas como una ausencia de reconocimiento" (p.63). En ese caso, "las desigualdades son vividas como una prueba subjetiva, como un cuestionamiento de [su] propio valor" (p.63). En realidad, la ausencia de reconocimiento es de naturaleza profundamente diferente, "porque hace referencia a principios de justicia distintos" (p.64).

Más allá de las diferencias, nos dice Dubet, "los actores movilizan unos criterios de justicia comunes" (p.65). El primero es el de igualdad. "Son injustas las situaciones y las conductas que cuestionan la igualdad fundamental de los individuos" (p.65). El segundo principio de justicia es el de mérito. Produce "unas desigualdades justificables en función del esfuerzo, del talento y de la utilidad de cada uno" (p.65). El tercer principio es el de autonomía. "Las desigualdades no deben estar asociadas a una dominación excesiva; no deben obstaculizar la autonomía ni la creatividad de los individuos" (p.66). Estos tres principios aparecen a menudo a los propios actores como antagónicos. Así, el respeto de la igualdad y el reconocimiento del mérito pueden resultar contradictorios, "porque [la plena recompensa] del mérito destruye la igualdad" (p.66).

Por último, "en el régimen de las desigualdades múltiples, la relación al mundo está más fundada en la crítica que en la adhesión" (p.67). Según las situaciones, "cada uno recompone su crítica de las desigualdades adoptando todos los puntos de vista posibles a lo largo de una ronda de críticas ininterrumpidas" (p.67). Esta inestabilidad normativa, indica el autor, tiene dos consecuencias principales. La primera es "una cierta distancia con la vida política y los movimientos sociales" (p.67). La segunda es que "cada uno recompone una relación a las desigualdades para él mismo" (p.68).

En el cuarto capítulo, que trata las "rabias e indignaciones", el sociólogo galo constata que, últimamente, "la cólera contra las desigualdades se transforma en expresiones de resentimiento y de indignación, de las cuales la mayoría no desembocan en ninguna acción organizada, ni en ningún programa" (p.71). En efecto, "en lugar de combatir las injusticias que condenan, los populismos se indignan y denuncian las élites, la oligarquía, los pobres y los extranjeros" (p.71).

Además, el régimen de las desigualdades múltiples "coexiste con la [irrupción] de la comunicación digital [que] transforma la expresión de las opiniones y los procesos de presentación de sí mismo en el espacio público" (p.72). Por una parte, "la posibilidad ofrecida a cada uno de expresarse en Internet puede [considerarse] como un avance democrático, [ya que] reduce la distancia entre los que hablan y los que se callan, entre las voces autorizadas y las voces prohibidas. Cada uno puede reaccionar, [dar cuenta de] su experiencia personal" (p.72). Pero, por otra parte, "la capacidad de [expresar] públicamente sus emociones y sus opiniones convierte cada uno de nosotros en un militante de su propia causa" (p.72). Además, "esta expresión directa está a menudo invadida por las pasiones tristes cuando [desaparecen las] reivindicaciones [y los] filtros que enfrían las reacciones de los internautas. (...) La rabia y el resentimiento, hasta entonces encerrados en el espacio privado, acceden a la esfera pública" (p.73). La expresión de la rabia es más inmediata cuando "cada uno está solo ante su pantalla y escapa a las [presiones] de la interacción. (...) En la red, se puede decir todo sin autocensura" (p.73).

Estas denuncias, "a menudo sin consecuencia en el flujo de las invectivas, funcionan como un desahogo, una movilización puntual, inmediata y singular, que no está ni canalizada ni enmarcada por los mecanismos tradicionales de la acción colectiva y de la toma de palabra" (p.73). Los *talk-shows* y las cadenas de

información "participan del mismo mecanismo" (p.73). El objetivo es que "cada telespectador encuentre el reflejo de sus propias [aversiones], obsesiones, cóleras e indignaciones" (p.74). Tanto en Internet como en los medios de comunicación, "cada uno puede indignarse, pero cada uno puede también ser malvado, sádico y denunciar su cabeza de turco favorito" (p.74). En la democracia de opinión en la que vivimos, la rabia y la indignación "ya no necesitan partidos ni sindicatos" (p.74). Además, "la cuestión de la verdad ha dejado de ser pertinente [dado que cada uno tiene su propia] verdad" (p.74).

Tal y como lo indica Dubet, "la frustración y el sentimiento de injusticia se transforman en resentimiento cuando no se [inscriben] en ningún relato social capaz de darles sentido, designar unos adversarios y razones de [tener esperanza]" (p.75). La resiliencia ante la injusticia "se apoya en un relato que la explica, la inscribe en una historia, indica sus causas y responsabilidades, devuelve un orgullo y unas razones de actuar" (p.75). En ese sentido, "el resentimiento no es solamente una relación del débil al fuerte", sino que es también "una manera de resistir al desprecio acusando a los demás y a la sociedad en general de ser las causas de su indignación" (p.75). Por lo cual, "las transformaciones del capitalismo han definido las relaciones de dominación que han sido progresivamente identificadas al funcionamiento de un sistema ciego y sin actores: la globalización, la finanza, el neoliberalismo [y] las tecnologías [de la información y de la comunicación]. La dominación está (...) fuera de alcance y [es] lejana" (p.76).

Cuando las desigualdades y las tensiones "se convierten en extremas, se [oscila] entre la paranoia, que ve la dominación por todas partes, y la violencia, que la revela por la acción" (p.76). A ese respecto, "Internet multiplica los testimonios de [tipo] paranoico" (p.77). Según esta visión, la desgracia del mundo resultaría "de una causa única y escondida, pero cuya potencia se revela [a través de] múltiples signos para el que sabe reconocerlos" (p.77). El estilo paranoico no es reducible a una patología individual, ya que desempeña un rol esencial "en ciertos países, en las campañas electorales y en los modos de ejercicio del poder" (p.78). A su vez, "cuando se tiene dificultades para designar a unos adversarios sociales y construir un conflicto, (...) el paso al acto violento puede servir para revelar el enemigo" (p.78).

Hoy en día, se produce una asociación entre "la crítica de las desigualdades [y] el odio de los pobres, de los extranjeros, de los más débiles. Se deshacen del sentimiento de ser despreciados, ignorados [e] invisibles desmarcándose de aquellos que lo son más todavía, pero que se benefician de la indulgencia y del apoyo de los poderosos" (p.79). En su afán de ser reconocidos como víctimas, al tiempo que rechazan ese estatus, suelen "denunciar las 'falsas víctimas', las que sacan provecho [de manera indebida]" (p.79). En ese sentido, "el resentimiento [no resulta tanto de las] desigualdades sociales [como] del temor de perder su rango en el orden de las desigualdades" (p.81). Más aún, sea cual sea la clase social concernida, "el miedo a la desclasificación social excede muy ampliamente el riesgo real de desclasificación" (p.81). Por lo tanto, es preciso mantener las distancias para evitar ser arrastrado hacia abajo. Así, "el separatismo social se despliega a lo largo de la cadena de las desigualdades" (p.81). Por ejemplo, en el seno de las clases populares, esta puesta a distancia se manifiesta en los barrios, los edificios y las zonas residenciales.

Con el resentimiento, "la cuestión social se convierte en una cuestión nacional y moral" (p.84). El auge de los populismos "se inscribe en una economía moral que defiende un cierto tipo de sociedad y de solidaridad" (p.84). De hecho, "en el régimen de las desigualdades múltiples, los actores sociales, especialmente los trabajadores, tienen el sentimiento que los mecanismos de la solidaridad se descomponen" (p.84). La sospecha generalizada que pesa sobre los desempleados y los beneficiarios de las prestaciones sociales procede "del agotamiento de la representación del contrato social que se [halla en] el fundamento del Estado de Bienestar" (p.84). Con ese régimen de desigualdades, "ese contrato ha sido fraccionado en una multitud de políticas sociales [centradas] en unos problemas sociales particulares y unas desigualdades singulares, [de modo que] el acceso a los derechos sociales se [haya] convertido en más complicado" (pp.84-85).

Las discriminaciones son más insoportables para los ciudadanos cuando conciernen a individuos del mismo país, una nación, como la francesa, fundada en la igualdad. "Esta conciencia de una igualdad nacional estructura las formas de resistencia y de resiliencia" (p.85). No en vano, ahora, "la independencia de las naciones está debilitada por la intrincación de los intercambios, los acuerdos internacionales, la potencia de las muy grandes empresas desterritorializadas. Está también amenazada desde el interior, con el reconocimiento de la diversidad [territorial]", en un contexto en el cual el relato nacional de derrumba (p.86). Incluso cuando los ciudadanos "son más tolerantes hacia las diferencias culturales y las minorías, la ansiedad nacional se desarrolla [y] las migraciones son asociadas a la delincuencia, el desempleo y [el rechazo de integrarse]" (p.86).

Actualmente, "el individuo, más libre y más igual, afirma su derecho a la autenticidad y a la singularidad" y ello se compagina con la extensión de un individualismo de los intereses (p.87). Pero, "las pasiones y los intereses personales parecen desplegarse en esferas independientes unas de otras" (p.87). Ese doble individualismo tiene dos consecuencias. Por una parte, se produce un declive o una crisis endémica "de las instituciones de socialización", empezando por la escuela (p.87). Por otra parte, se observa una yuxtaposición de pasiones, ideales e intereses contradictorios. "Para resolver la contradicción entre convicciones e intereses, se puede tener la tentación de denunciar la libertad de los demás y hacer un llamamiento al fortalecimiento de la autoridad" (p.87). Como lo subraya Dubet, "la economía moral del régimen de las desigualdades múltiples invita a defender sus libertades [al tiempo que se refuerza] el orden público" (p.88). En ese régimen, "el imaginario colectivo de las víctimas de las desigualdades sigue siendo el de la sociedad perdida, el de la sociedad industrial donde cada uno tiene su lugar, el de la nación homogénea y del Estado fuerte, protector y plenamente soberano" (p.88).

Según el sociólogo galo, vivimos en la era de la indignación. No obstante, si la indignación no desemboca "en programas de acción, programas políticos, estrategias susceptibles de actuar sobre los problemas que han suscitado la indignación, (...) se convierte en una rabia sin objeto, una postura a veces, una energía que se agota sin influir en las causas de la indignación" (pp.89-90). La indignación presupone que "el pueblo siempre es mejor que sus representantes. Sin oferta política racional, uno puede indignarse de todo y de su contrario" (p.90). La tendencia a la indignación procede "de la distancia creciente entre las pasiones y los intereses, entre los valores sociales y los mercados, pero está sobre todo alimentada por la debilidad de la oferta política" (p.91). En ese sentido, la indignación crece a medida que "la acción parece imposible y, en ese caso, la indignación exonera de cualquier responsabilidad" (p.91). Sin programa político, "la indignación corre el riesgo de [reforzar] la alianza del neoliberalismo y de la democracia radical" (p.91), donde una tecnocracia liberal se enfrenta a las cóleras indignadas.

Hoy en día, el populismo de derechas y de izquierdas conoce un auge evidente. Alude al pueblo de los trabajadores, al pueblo de los pequeños y de los humildes que es preciso proteger ante "la rapacidad de los grandes, de las multinacionales, de los altos funcionarios (...). En el seno del pueblo (...), las desigualdades aparecen como secundarias" (p.92). El pueblo de los populistas es también la nación "siempre amenazada" (p.92). Por último, el pueblo es "el pueblo soberano. El pueblo siempre traicionado por las élites, ignorado por la representación política, engañado por los medios [de comunicación] al servicio de los poderosos, el pueblo ignorado y despreciado. Es el pueblo de la democracia radical, el pueblo hostil al juego democrático de los [comprometimientos] y de los notables, el pueblo que quiere un Estado fuerte" (p.93).

El pueblo al que hacen referencia los populistas es "la expresión directa de la economía moral de aquellos que se sienten desposeídos y divididos por la multiplicación de las desigualdades" (p.93). En general, "la unidad del pueblo se encarna en un jefe al estilo viril y autoritario. El líder es el pueblo, comprende sus frustraciones y sus sufrimientos, sus sentimientos profundos y sus rabias" (p.93). El líder "debe transformar la indignación en resentimiento, porque tiene la capacidad de designar los adversarios [e incluso] los

enemigos" (p.93). Lo que une a los líderes populistas es su estilo político caracterizado por "la indignación y la denuncia" (p.93).

Para el populismo, "sea cual sea la mayoría política, [la concepción liberal de la democracia] priva el pueblo de su poder y asegura la dominación de la oligarquía, [aquella] que dirige la economía, los medios [de comunicación, y] las instituciones" (p.94). Por lo cual, "la esencia de la democracia es antagónica. Se convierte en un conflicto irreducible entre el pueblo y la oligarquía" (p.94). En ese contexto, "la indignación y el odio [se convierten en] los resortes de toda vida política, es decir de la constitución [del] pueblo como sujeto" (p.94). Es preciso "movilizar las pasiones, incluso las más [tristes], y personalizar el conflicto contra la oligarquía que se esconde detrás del derecho, las instituciones y los medios [de comunicación], a fin de que el pueblo se constituya contra su adversario" (p.94). Al construir el pueblo contra la oligarquía, "la indignación populista no [trata] el problema de las desigualdades, que atraviesan el pueblo y cada uno", sino que la oculta (p.95).

En el apartado de conclusiones, titulado "las izquierdas democráticas contra el populismo", el autor subraya que, a finales de 2018, el movimiento de los Chalecos Amarillos "cristaliza unas rabias y unas indignaciones múltiples. Denuncia un poder considerado como [arrogante] y despectivo" (p.103). Pero, tiene dificultades para elegir a sus representantes y para "jerarquizar unas reivindicaciones a menudo contradictorias [entre sí]" (p.103). Los partidos populistas "esperan sacar provecho de un movimiento que no controlan" (p.103). En parte, la respuesta a ese movimiento pasa por "la lucha contra las grandes desigualdades sociales" (p.104). Sin embargo, "la lucha contra [estas] desigualdades no dispensa de dar igualmente la prioridad a la lucha contra las desigualdades más pequeñas que cuentan para los individuos que [las padecen]" (p.104). Desde un punto de vista económico, nos dice Dubet, "las grandes desigualdades importan más", pero, desde una perspectiva sociopolítica, "son las pequeñas que pesan más" (p.104), ya que "determinan las experiencias sociales, las rabias y las indignaciones. Son las que refuerzan o destruyen los mecanismos de solidaridad" (p.104). Y, "al no encontrar una expresión política constructiva y democrática, estas desigualdades múltiples engendran, hoy en día, los populismos, la desconfianza y la demagogia" (pp.104-105).

Al término de la lectura de *Le temps des passions tristes. Inégalités et populisme*, es obvio reconocer que estamos ante una obra de una gran actualidad, por su análisis tanto del régimen de las desigualdades múltiples como de su incidencia en el auge de los populismos. Está escrita por uno de los grandes sociólogos a nivel europeo e incluso mundial. De hecho, este libro, de una gran coherencia y sistematización, pone de manifiesto la madurez intelectual del autor que integra armoniosamente las principales contribuciones de sus reflexiones e investigaciones anteriores consagradas a las desigualdades múltiples (2000), el declive de las instituciones (Dubet, 2002), las injusticias (Dubet, 2006), el trabajo de las sociedades sobre sí mismas (Dubet, 2009) o las discriminaciones (Dubet et al., 2013). Compagina una exposición sumamente densa con un estilo fluido que facilita la comprensión del razonamiento desarrollado y convierte su lectura en agradable.

En suma, estamos ante un gran libro de sociología a pesar de su brevedad y cuya lectura se antoja ineludible para comprender las profundas transformaciones que afectan las sociedades contemporáneas y que desembocan en el fortalecimiento de formaciones políticas de carácter populista.

BIBLIOGRAFÍA

Dubet, François (2000). *Les inégalités multipliées*, La Tour d'Aigues, Editions de l'Aube.

Dubet, François (2002). *Le déclin de l'institution*, París, Seuil.

Dubet, François (2006). *Injustices*, París, Seuil.

Dubet, François (2009). *Travail des sociétés*, París, Seuil.

Dubet, François (2010). *Les places et les chances*, Paris, Seuil.

Dubet, François (2014). *La préférence pour l'inégalité*, Paris, Seuil.

Dubet, François (2019). *Le temps des passions tristes. Inégalités et populisme*, Paris, Seuil.

Dubet, François et al. (2013). *Pourquoi moi? L'expérience des discriminations*, Paris, Seuil.

Galland, Olivier; Lemel, Yannick (2018). *Sociologie des inégalités*, Paris, Armand Collin.

Spinoza, Baruch (1994). *L'éthique*, Paris, Folio.